



7.

Inés: el cordero de dios

Mi amado hijo,

Si estás leyendo esta carta, ha de ser porque la muerte ya me ha reclamado y no hallé el valor para confesarte esto cara a cara. Espero que algún día puedas perdonarme.

En aquellos días oscuros, yo era apenas una niña, pero mi fe ya era grande. Habíamos perdido a los caballos y hasta a nuestro fiel perro; la hambruna azotó el norte con una crueldad implacable. Estábamos exhaustos, enfermos, muchos al borde de la desesperación. Fue entonces cuando Dios, en su misteriosa gracia, nos mostró un sendero hacia la salvación: el bien común debía prevalecer sobre el bien individual. Ese mensaje, que nos fue transmitido por nuestro pastor, trajo consigo una señal divina que indicó al primer elegido.

Juntos preparamos su cuerpo y guiamos su alma al más allá. Drenamos su sangre, troceamos su carne y la mezclamos con especias secas para realzar su sabor e incrementar sus propiedades alimenticias. Con la sangre y los intestinos preparamos morcillas y chorizos ahumados; la carne fue despegada cuidadosamente de los huesos para evitar que fuera identificada, fue cortada en pedazos y almacenada en salmuera hermética. Los restos fueron reducidos a cenizas en una hoguera silenciosa, sin ceremonias, para prevenir infecciones y eliminar todo rastro de nuestra noble labor. Los enfermos y los niños recobraron la

fe. Aunque la epidemia persistió, tuvimos fuerza suficiente para salir a cazar con la esperanza de que la vida nos ofreciera una salida, antes de tener que sacrificar a otro de los nuestros.

Pasaron varios inviernos antes de que la plaga cediera y solo unos pocos sobrevivimos. A mí me fue confiada la tarea de repartir las raciones, lo que me permitió alimentarme mejor que los demás. Fue entonces cuando me acerqué verdaderamente a tu padre, un hombre de aparente misericordia y corazón cálido. Era nuestro líder y guía espiritual, unguido -según afirmaba el mismo- por la Asamblea de Dios en el Monte Carmesí, en las tierras altas de Akrotiri. Aunque confiaba en él, una sombra de duda me perseguía. Su discurso era firme, pero había algo en sus palabras que no encajaba. Nuestra comunidad le permitía tener varias mujeres e hijos, argumentando que una pareja fija debilitaría su fe; pero cuando una mujer se empeña en algo, tarde o temprano lo consigue. Me adentré en sus pensamientos más profundos y, eventualmente, llamé su atención. Fue entonces cuando plantó su semilla en mí.

Sin embargo, no vi venir lo que aconteció después de darle la gloriosa noticia a tu padre y, para proteger nuestras vidas, tuve que dejar atrás a los míos. Como líder, vuestro padre decretó que yo sería el próximo sacrificio para salvar a nuestro pueblo de la desgracia. Le rogué por misericordia, le expresé que eras un milagro, una obra de Dios y que, con tu llegada, por fin seríamos una familia de verdad; pero en esos días, su cordura se desmoronaba; su fe, antes firme, se transformaba en un torbellino de contradicciones. Herida por su decisión, no tuve más remedio que huir. Huí para salvarte.

Anduve por mil pueblos, guiada por rumores, hasta perderme en el bosque de Los Hijos de la Noche, en donde me encontró La Hermandad. Supliqué que te acogieran como uno de los suyos, que te educaran en las artes místicas y en la noble causa que defendían. Permanecí allí hasta darte a luz, pero debí entregarte por completo a su cuidado y borrar de mi vida para que te aceptaran plenamente. Desde entonces, vagué sin rumbo como hoja al viento, desconsolada pero aferrada a la esperanza de que estabas a salvo, soñando con volver a verte. Jamás imaginé que ese reencuentro llegaría en mi lecho de muerte.

Amado hijo, en este adiós te revelo la verdad que he guardado con tanto celo y dolor, no sin antes pedirte perdón, el mismo que he suplicado al Dios supremo y todopoderoso: Elohim Shaddai, por mis actos de egoísmo e impureza durante estos años. Hoy te expreso mis más sinceras disculpas por mis actos y el dolor que pudieron causarte, pues fue por amor que te entregué al maestro Hefesto y La Hermandad, deseando darte la seguridad y el futuro que yo nunca podría ofrecerte.

A lo largo de tu vida, has transitado con un vacío en el pecho que nadie más conoce ni entiende, y por eso admiro tu fuerza y tu temple; veo con orgullo que te has convertido en un gran ser. Hoy reafirmo que estuve en lo correcto al ver en La Hermandad un refugio adecuado para ti, un lugar donde pudieras aprender y crecer bajo la tutela y compañía de otros que, al igual que tú, no tenían mucha oportunidad de sobrevivir afuera. Ahora, al despedirme, te ruego que seas el guardián más valiente y sabio que hayan forjado, usando tus dones para el bien; para resguardar a los inocentes y honrar el legado que Dios te ha confiado.

No dudes en que mi amor por ti siempre ha sido infinito, más allá de las decisiones atroces o desgarradoras que tomé, eres mi mayor tesoro, y aunque no estuve a tu lado, cada pensamiento, cada plegaria al Dios supremo y todopoderoso, fue por tu bienestar y felicidad, para que su fuerza guiara tus pasos y no estuvieras nunca solo, y que te acompañara por siempre en tu camino.

Con todo mi amor,

Inés.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.